4685

JUAN DE LAS VIÑAS,

COMEDIA EN DOS ACTOS EN PROSA

DE

Don Juan Eujenio Hartzenbusch.

LIBRERIA
DE
RUI O ESTÉBAN,
calle allero de Gracia, 8.
Hay u bundante surtido de comedi modernas, usadas, á la ad de su precio.

MADRID, 1844.
IMPRENTA PLAZUELA DE SAN MIGUEL NUMERO 6.

Se hallará en la librería de Perez, calle de Carretas.

PERSONAS.

JUAN DE LAS VIÑAS.
DON VENANCIO.
LEOCADIA.
DON GORGONIO.
DON LUCIO.
UN ALCALDE.
UN CABALLERIZO DE S. M.
CRIADOS.
CRIADAS.
ALGUACILES.

La accion pasa extramuros de Madrid á principios del siglo XVIII.

Esta comedia es propiedad de la Sociedad de escritores dramáticos, la cual perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello autorizacion del director de la misma Sociedad, segun previene la Real órden inserta en la Gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Vista de las afueras de Madrid desde el camino de Vallecas: en un ángulo del fondo una casilla de campo con puerta y balcon practicables.

ESCENA PRIMERA.

JUAN DE LAS VIÑAS, *y despues* D. GORGONIO.

JUAN. Pasado el convento de Atocha, la segunda casa de campo, á la izquierda del camino de Vallecas: esta es. (*Llégase y llama.*) ¡Ah de la gente! ¡Ave María purísima!

GORGONIO. (*Dentro.*) ¿Quién es?

JUAN. ¿No vive aqui Don Gorgonio Grajales Ladron de Guevara?

GORGONIO. (*Dentro.*) Está fuera.

JUAN. Pues lo que es su voz se ha quedado dentro. Si le conozco yo á usted.

GORGONIO. No puedo yo decir de usted otro tanto.

JUAN. Soy Juanillo el de Cuenca, el hijo de la señora Bárbara su vecina de usted, su administrada de usted, la que se quedó pereciendo por su maña de usted.

GORGONIO. (*Al balcon.*) En efecto, es el mismísimo Juan de las Viñas, tan agudo como siempre.

JUAN. Para lo que usted guste mandar.

GORGONIO. Yo esperaba que no hubieses encontrado nunca mi casa.

JUAN. Pues ya ve usted que soy mas hábil de lo que usted se figura.

GORGONIO. ¿Y qué es lo que quieres de mí?

JUAN. No es dinero ni cosa que lo valga, porque entonces escusado era el viaje.

GORGONIO. Tú me haces justicia.

JUAN. Pero acaso tendrá usted una carta de mi madre para mí, y vengo por ella.

GORGONIO. ¿Nada mas?

JUAN. ¿Y qué mas?

GORGONIO. ¿De veras?

JUAN. ¿Me ha cojido usted en alguna mentira?

GORGONIO. Tienes razon: tú aunque simple, eres un buen muchacho, y si te vas pronto y no vuelves, el mejor del mundo. Aguarda, que bajo á abrir. (*Aparte.*) Todo lo ignora aun: no hay que andar con recelo. (*Quítase del balcon.*)

ESCENA II.

JUAN; *y luego* DON LUCIO, *embozado.*

JUAN. Nada ha mudado el buen señor: tan berrugo y tan desconfiado es en Madrid como en Cuenca.

LUCIO. (*Saliendo.*) Mocito, mocito, mocito. ¡Caramba con el mocito! ¿Oye usted, buen hombre?

JUAN. Oigo, sí señor.

LUCIO. ¿Hace rato que anda usted por aquí?

JUAN. Sí señor.

LUCIO. ¿Ha visto usted por aquí una calesa?

JUAN. Sí señor.

LUCIO. ¿Se ha marchado ya?

JUAN. Sí señor.

LUCIO. ¿Como si el calesero se hubiese cansado de esperar?

JUAN. Sí señor, como si hubiese perdido un viaje y le hubiera salido otro.

LUCIO. ¡Carambita, carambola, caramba! ¡Maldita sea la prisa del calesero y la tardanza mia!

JUAN. Amen, por la parte que á usted le toque.

LUCIO. ¿Ha echado usted la vista hácia aquella huerta?

JUAN. No señor.

LUCIO. ¿Hácia aquella puerta falsa?

JUAN. No señor.

LUCIO. ¿No ha visto usted salir por alli una dama jóven?

JUAN. No señor.

LUCIO. ¿Una tapada?

JUAN. No señor.

LUCIO. ¿Ni asomarse á lo menos?

JUAN. Ni aun eso.—Caballerito, ¿quisiera usted decirme....?

LUCIO. ¿Cómo? ¿Usted me viene con preguntas? ¿Usted trata de sonsacarme? ¿Es usted algun espía colocado aquí por el padre de la muchacha?

JUAN. ¿Yo?

LUCIO. Si dice usted una palabra de lo que le he descubierto, si dice usted que me ha visto siquiera....

JUAN. ¿Qué sucederá entonces?

LUCIO. Tenga usted entendido que aunque me han criado para abate, soy hombre de humos.

JUAN. ¿Pretende usted que le abra yo en los cascos una chimenea?

LUCIO. A fé de Lucio Quiñones que si usted chista, le atravieso de un espadinazo. (*Aparte.* Voy á ver si encuentro otro calesero que fie.) ¡Carambita, carambola, caramba! (*Vase.*)

JUAN. El abate en ciernes amenaza y se escurre. No sé como me he detenido en sacar la tizona. Pero ¿quién se mete con un chisgaravís semejante?

ESCENA III.

DON GORGONIO.—JUAN.

GORGONIO. Esta es la carta, la cual vino cerrada dentro de la mia. En justicia me debias abonar la mitad del porte.

JUAN. ¡Para abonos estoy! Si soy dueño de un maí.... llévele el diablo á usted.

GORGONIO. No gusto de oir juramentos ni lástimas: adios.

JUAN. ¿No quiere usted ausiliarme con un consejo?

GORGONIO. Lo que es ausiliarte, lo haria yo de muy buena gana. Dí.

JUAN. Pues señor, ya sabe usted que mi madre poseia algunos bienes en Cuenca.

GORGONIO. Por cierto que nadie atinaba cómo los habia adquirido, escepto yo.

JUAN. Sabe usted que empezamos á venir á menos desde que fué usted nuestro administrador.

GORGONIO. Casualidades desgraciadas.

JUAN. Y usted empezó á ir á mas.

GORGONIO. Casualidades venturosas.

JUAN. Sabe usted que abracé varias profesiones, y que me las hicieron dejar.

GORGONIO. No lo digo por alabarte; pero ¡eras tan inepto para todas!

JUAN. Inepto, sí, inepto. Lo que yo sé decir es que.... Me puse á alcabalero; y porque no quise defraudar de sus derechos á la real hacienda, los tratantes (que no podian verme) no pararon hasta hacer que se me destituyera de órden de S. M. D. Felipe V. Me puse á mayordomo de un señor; y porque no sisaba con la señora, hizo que su marido me plantara de patitas en la calle. Entré de oficial en una escribanía; y porque rehusé hacer una trampa, mi principal me aconsejó que tomara otro modo de vivir, porque no servia para la curia. ¿Fué esto ineptitud, ó fué cumplir con mi obligacion?

GORGONIO. Cierto que tu obligacion era cobrar la alcabala; pero como los derechos eran exhorbitantes, tú por servir al rey desollabas á tus convecinos. Cierto que tu obligacion era mirar por los intereses de tu amo; pero los bienes eran del ama, y entre él y tú no le dejábais manejar un maravedí. Cierto que tu obligacion era ejercer legalmente la curia; pero la trampa que te propusieron era de las que llaman legales, y se intentaba para detener los efectos de otra de la parte contraria. Tú obraste honradamente, perfectamente; pero, amigo, como hiciste daño, natural era que te le hiciesen á ti.

JUAN. Pues: eso mismo me decia todo el mundo; y cada vez que lo oia, me daban unos berrenchines de desesperacion, que ya.—«¡Hola!» esclamé yo entonces: «¿con que el fruto que saco de portarme bien siguiendo los impulsos de mi corazon, es atraerme desgracia sobre desgracia, y el desprecio de las gentes por añadidura? Pues bueno; yo escarmentaré; yo me corregiré: es decir, me pervertiré, me haré malo, malísimo.»

GORGONIO. Chico, chico... (*Aparte.*) ¿Si estaremos seguros?

JUAN. Y cumplí mi propósito. Yo dije: «¿soy desgraciado obedeciendo á mi natural instinto? Pues voy á hacer todo lo contrario de lo que él me dicte, á ver si asi tengo mas fortuna?

GORGONIO. ¡Hombre!

JUAN. Por qué le parece á usted que me hallo en Madrid?

GORGONIO. Me parece... Me parece que no lo sé.

JUAN. Pues es por una atrocidad, por una inhumanidad sin ejemplo.

GORGONIO. ¡Demonio! ¿Qué has hecho?

JUAN. Una diablura en grande.

GORGONIO. ¿Cuál?

JUAN. La obligacion de un hijo, creo que sea socorrer, mantener á su madre.

GORGONIO. Por supuesto.

JUAN. Mi madre, aunque jóven y guapa, no tenia mas recurso que yo. Pues, amigo, la he abandonado como un galopo.

GORGONIO. Sin decirle....

JUAN. Ni una palabra. Vendí unos vestidos, hice unos cuartos, me acordé de usted, y puse en un papel: «madre, me escapo de casa, me voy á Madrid: si quiere usted enviarme su maldicion, remítamela franca de porte por conducto de don Gorgonio:»—¿No se admira usted de mi perversidad? Admírese usted, hombre; admírese usted.

GORGONIO. Me admiro, me espanto, me despeluzno y me encierro en mi casa para no verte. Cata la cruz. *(Vase.)*

ESCENA IV.

JUAN.

Hace bien en huir de mí: un mal hijo es un mónstruo cuya vista mata como la del basilisco. Emprendamos con la carta de madre. ¡Buenas cosas me dirá la infeliz! Que la he condenado á la miseria; que por mí va á morirse de hambre. Me falta valor para abrirla. Pero no, pícaro; ya que hiciste la iniquidad, sufre las consecuencias: lee y aguanta, ó cuélgate de una viga; que sin dinero y maldito de tu madre, nada te está mejor. Con todo, lo del ahorcamiento debe ser la postrera aleluya en la vida del hombre malo. *(Abre la carta.)* Poco escribe; pero será de mi flor. *(Lee.) Juanito...* ¡Juanito á mí! No hay duda que merezco bien esta espresion cariñosa. *(Lee.) Juanito de mi vida...* La bondad de mi madre me parte el corazon. *(Lee.) Juanito de mi vida: no podias haber hecho cosa mas acertada...* ¿Eh? *Acertada*, dice. *(Lee.) No podias haber hecho cosa mas acertada ni mas agradable para mí, que separarte de mi lado.* ¡Cosa mas particular! Me doy la enhorabuena. *(Lee.)* «*Yo no soy tu madre.*» ¿Qué es lo que descubro? ¡Cuánto me alegro! ¡cuánto lo siento! ¡Perder una madre que (sin serlo) me ha querido tanto! ¡Librarme del

pesar de haber abandonado á mi madre! Porque no siéndolo, vamos, la escapatoria tiene otro ver. (*Lee.*) «*No soy tu madre: Don Lucas Velez queria darme su mano....*» ¡Esas tenemos! (*Lee.*) «*Pero ecsijia que te apartase de mí; yo no me atrevia á decirte palabra, y tú me has librado de un cruel compromiso. Si quieres averiguar tu orijen, recurre al santero de San Blas Cosme Candiles y á Don Gorgonio Grajales, valiéndote de cualquier medio, por violento que sea, para obligar al último á que se esplique. Don Lucas que es ya mi esposo....*» Por muchos años. (*Lee.*) «*Envia con esta fecha órden á Don Roque Ruiz, el mercader, para que te dé una ayuda de costa.*» ¡Jesucristo! ¡qué dicha! (*Lee*) «*Y de parte de la que te amará como madre siempre, recibe la seguridad de su mas vivo agradecimiento por tu fuga y su mas cordial bendicion.* De rodillas, madre Bárbara, de rodillas la recibo yo, besando tu carta, ya que no tu mano. Esto es lo que sa llama acertar contra todas las probabilidades. Está visto que mi sistema es bueno, y no hay mas que seguirlo.

ESCENA V.

LEOCADIA, *tapada.*—JUAN.

LEOCADIA. Caballero, caballero.

JUAN. Eso está en duda.

LEOCADIA. Caballero en duda, favorézcame usted.

JUAN. ¿En qué y cómo?

LEOCADIA. Usted ha hablado aquí con don Lucio, usted le conocerá: usted será su amigo.

JUAN. Nada menos que eso.

LEOCADIA. Si tiene usted cara de amigo de todos.

JUAN. Entonces tambien lo seré de usted, aunque no la conozco sino para servirla.

LEOCADIA. Eso es lo que yo pido y usted debe hacer: servirme.

JUAN. Y bien! ¿qué le pasa á usted.

LEOCADIA. La mayor desgracia posible. Yo vivo en aquella primera casa de labor: mi padre, que es un profesor de agricultura muy querido del rey, muy intelijente en hortalizas y plantíos, y que nada entiende de lo demás, va á marcharse mañana con un buen empleo á las Indias.

JUAN. ¿Es esa la desgracia de que usted se queja.?

LEOCADIA. Sí señor, porque mi padre me quiere llevar consigo, y yo no quiero ir.

JUAN. ¿Y por qué no quiere usted?

LEOCADIA. Es porque me quiero quedar.

JUAN. ¿Y por qué quiere usted quedarse?

LEOCADIA. Porque hay una persona que no quiere que me vaya.

JUAN. Que será don Lucio Quiñones.

LEOCADIA. ¿Ve usted como le conece? Yo no le he dicho á usted su apellido.

JUAN. Lo que yo conozco es que usted quiere mucho al señor Carambita.

LEOCADIA. Mucho mucho no, porque se me antoja que es un mentecato solemne.

JUAN. Basta que usted lo diga.

LEOCADIA. Y es pobre, segun me ha confesado.

JUAN. Y es un marica, un títere, aunque no lo confiese.

LEOCADIA. Pero yo he vivido siempre encerrada; he cumplido 16 años (que me parece que ya es tiempo de tener mi cuidadillo en el alma); don Lucio es el primero que se ha presentado, y.... su fortuna le ha valido.

JUAN. Fortuna harto envidiable, siendo usted rica, segun supongo; de buena índole, como ya observo: y hermosa, como desearia ver.

LEOCADIA. Mi padre á veces suele esclamar mirándome..... *(Se descubre.)*

JUAN. ¡Divina criatura!

LEOCADIA. Eso mismo suele decir mi papá.

JUAN. ¿Qué es lo que exije usted de mi? ¿En qué puedo servirla? Mándeme usted: disponga usted de mi persona, de mi vida.

LEOCADIA. Pues óigame usted. Don Lucio queria sacarme hoy de mi casa.

JUAN. Señorita....

LEOCADIA. Va usted á decir que es muy mal hecho; ya lo sé yo: vaya si lo sé; pero hágase usted cargo de la razon.

JUAN. A ver.

LEOCADIA. Mi padre ha aceptado ese maldito empleo, que no le hace falta, y se espone á una navegacion peligrosa, á la diferencia notable del clima, á las enfermedades de aquella tierra..... Yo le he hecho estas reflexiones; pero él..... empeñado en que he de ser millonaria, aunque arriesgue su vi-

da. ¡Mire usted para que necesitará millones una muchacha que vive á lo labriego! ¿Cómo le estorbo yo á mi padre que se marche á América? Casándome en Madrid; porque como me quiere tanto, donde yo esté ha de vivir él. ¿Y cómo me caso? Moviendo un escandalillo que no tenga otra compostura; pues pensar que si don Lucio me pide, mi padre ha de concederle mi mano, eso es pensar en un imposible, porque parece que el rey le ha dicho á mi padre que él me casará cuando lo crea oportuno. Con que ya ve usted.

JUAN. Ya, ya. (*Aparte.*) La muchacha es encantadora.

LEOCADIA. Hoy habia de haber venido Lucio por mí con un coche.

JUAN. No he visto ninguno por estos contornos.

LEOCADIA. Ni yo. Solo vi una calesa; y le aseguro á usted que el tal carruaje casi casi me ha quitado las ganas de dejarme robar.

JUAN. Sí, un robo en coche ya es mas decente.

LEOCADIA. Mi padre ha tardado hoy en salir, y asi no he podido salir yo hasta despues que ha salido él.

JUAN. Es natural.

LEOCADIA. Aquí entra mi pretension. ¿Quiere usted acompañarme hasta un convento de la calle de Atocha, dejarme allí y buscar á don Lucio?

JUAN. Señorita....

LEOCADIA. Se lo estimaré á usted tanto....

JUAN. (*Aparte.* ¿Como resiste uno á.....?) Señorita, basta que usted.... (*Aparte.*) Pero ¿y mi sistema?

LEOCADIA. ¿Qué piensa usted?

JUAN. (*Aparte.*) La obligacion del hombre es amparar á la muger, y eso es lo que me dicta mi corazon; pero ¿y si me cuesta caro?

LEOCADIA. ¿A qué se decide usted? Por Dios....

JUAN. (*Aparte.* Nada, nada; lo que debo hacer es todo lo contrario de lo que pienso.) Señorita.... (*Ahuecando la voz*). ¿Cómo se llama usted?

LEOCADIA. Leocadia Morales Valdeperal y Tomiza.

JUAN. Señorita doña Leocadia Morales etcétera, ¿sabe usted que lo que me propone es un atentado contra las leyes divina y humana?

LEOCADIA. Si señor, es verdad; pero....

JUAN. ¿Sabe usted que la obligacion de una hija es hacer en todo y por todo la voluntad de su padre?

LEOCADIA. ¿Qué duda tiene? Yo lo confieso.

JUAN. ¿Sabe usted que no hay cosa mas sagrada que un padre capaz de sacrificar sus comodidades, su salud, su vida acaso, por el bienestar de su hija?

LEOCADIA. ¿No lo he de saber? Si yo propia....

JUAN. ¿Y usted ahora sin reparo, sin remordimiento ninguno, proyecta hacer á ese padre amoroso una ofensa tan grave? ¿Qué pensará cuando vuelva y no la encuentre á usted en casa?

LEOCADIA. ¡Ay Jesus! no me lo recuerde usted.

JUAN. ¿Qué dirá cuando sepa que ha huido usted con un pisaverde, indigno de merecer ese ingénuo corazon, ese tesoro de gracias y de hermosura?

LEOCADIA. ¡Oh! no me adule usted para reñirme.

JUAN. ¡Teme usted que la vida de su buen padre peligre en América! ¿Y el sentimiento que ahora le va usted á dar? ¿no basta para acabar con sus dias?

LEOCADIA. ¡Qué horror!

JUAN. ¿Y por qué es todo? ¿Por qué la violencia de una pasion irresistible la arrastra á usted á cometer ese crímen? Ni aun esa disculpa tiene usted. Usted no ama verdaderamente á don Lucio; usted no puede ni debe amarle. Y entonces ¿qué espera usted de un vínculo que la honestidad reprueba y que el amor no justifica?

LEOCADIA. ¡Ah! perdon, perdon: no añada usted mas. Dios le ha enviado á usted para librarme de mi pérdida; usted es mi santo tutelar, usted es sin duda, mi angel custodio.

JUAN. *(Aparte.)* ¡Vaya un angelito barbon!

LEOCADIA. Ahora conozco que soy una loca, una hija ingrata. Yo repararé mis desaciertos, yo renunciaré á ese imprudente capricho que deslumbraba mi razon. Perdóneme usted en nombre del cielo y de mi padre. *(Se arrodilla.)*

JUAN. No obtendrá usted mi perdon si al momento no se vuelve á su casa.

LEONCIA. Bien, sí señor, me volveré: lo que usted quiera, como usted quiera.

JUAN. Alce usted, vamos.

LEONCIA. Pero no le diga usted nada á mi padre.

JUAN. Eso, señorita....

LEONCIA. ¡Ay! aquí viene: yo me escapo antes que me vea. Por Dios no le diga usted nada, no me pierda usted. *(Vase.)*

ESCENA VI.

DON VENANCIO.—JUAN.

VENANCIO. *(Aparte.* ¡Mi hija fuera de casa y hablando con un desconocido!) Hidalgo, palabra.

JUAN. ¿Qué se le ofrece á usted?

VENANCIO. Aquella niña que va hácia alli corriendo, es rama de este tronco.

JUAN. ¡Hombre! ¿tronco es usted?

VENANCIO. Quiero decir que es mi hija.

JUAN. ¡Ah! muchas con salud.

VENANCIO. Han estado ustedes hablando.

JUAN. Largo y tendido, sí señor.

VENANCIO. ¿Qué asuntos tienen ustedes que ventilar?

JUAN. *(Aparte.* La otra me ha dicho que calle, y es lo que deberia hacer; por lo mismo no lo hago.) ¿Qué asuntos, eh? Asuntos que le tocan á usted bien de cerca, asuntos de honra.

VENANCIO. Esos se deben tratar con el padre, no con la hija.

JUAN. Ya; pero cuando el padre no cumple con su obligacion...

VENANCIO. ¿Cómo que no cumplo con ella? Mi huerta es la mejor cuidada de la provincia, mis verduras y mis plantíos son la envidia de todos.

JUAN. Sí señor: pero mientras usted se embobece plantando brécoles y sembrando pepinos, no sabe lo que ocurre en su casa.

VENANCIO. ¿No sé lo que ocurre? Esplíquese usted.

JUAN. Su hija de usted está enamorada.

VENANCIO. ¿Sin aguardar el real permiso?

JUAN. A la cuenta no será necesario para querer.

VENANCIO. Pero si es una flor todavia en capullo, una mocosilla que hace seis meses jugaba con las muñecas.

JUAN. Ya es con muñecos.

VENANCIO. ¿Y quién es el que la levanta de cascos?

JUAN. El muñeco que la levanta de cascos es un tal don Lucio Quiñones: ¿le conoce usted?

VENANCIO. Ni en rama ni en grano.

JUAN. Aunque le conociera usted en polvo, nada perdíamos. Pues, señor, como su hija de usted se habia encaprichado de ese doncel, le hacia muy poca gracia el irse con usted hasta el otro mundo.

VENANCIO. Por eso seria el oponer tantas objeciones al viaje.

JUAN. Cabalito: Y viendo que usted las desechaba, ¿sabe usted lo que habian determinado los dos amantes?

VENANCIO. Acabe usted, que tiemblo como la hoja en el árbol.

JUAN. Pues no era mas que trasponer el chico á la chica y acudir al Vicario.

VENANCIO. ¿Trasponerla? Es decir, trasplantarla: es decir; un rapto.

JUAN. Yo lo he impedido.

VENANCIO. ¿Usted?

JUAN. Yo, sí señor: he sabido el lance por una casualidad, he echado un buen sermon á Leocadia, y la he puesto mas blanda que un guante.

VENANCIO. Eso de ponerla blanda corre de mi cuenta. ¡Infame! ¡atrevida! La he de empozar como el cáñamo, la he de enterrar como la escarola, le he de quitar á golpes la vida.

JUAN. Lo que es una buena felpa, merecida se la tiene.

VENANCIO. ¿Cómo? ¿Usted aprueba que maltrate á mi hija? ¡Qué sospecha! ¿Será usted otro amante suyo, celoso del otro?

JUAN. ¡Hombre! ¡Yo!

VENANCIO. ¿Le habrá hecho usted alguna declaracion? Si que sé que la habrá usted hecho, de fijo. Ella la habrá dado á usted calabazas, y usted se venga contándome ese chisme.

JUAN. *(Aparte.* Sin querer la he salvado de una tollina.) Y bien: ¿y qué? ¿tendria algo de particular?

VENANCIO. Tendria y mucho. ¿Es usted digno de injertarse en mi casta?

JUAN. *(Con graciosa petulancia.)* No señor.

VENANCIO. A lo menos es usted franco.—¿Es usted noble?

JUAN. No conozco á mis padres.

VENANCIO. ¿Tiene usted bienes?

JUAN. Treinta dias al mes, ropa puerca y bolsa limpia.

VENANCIO. ¿Y con esas cualidades se atreve usted á poner los ojos en mi hija?

JUAN. ¿Y porqué no? Querer por querer, un pordiosero puede adorar á una princesa. Yo hasta ahora no he dicho palabra á su hija de usted.

VENVNCIO. ¿No? ¡Y me lo dice usted primero á mí! Hombre, no puedo menos de confesar que asi proceden las personas de honor y de juicio: y esto me previene mucho en favor de usted.

JUAN. ¡Qué! si ustedes se van mañana de este país y yo me quedo, A muertos y á idos.....

VENANCIO. Cierto: de un amor semejante ¿quién puede ofenderse? Amigo mio, su injenuidad de usted me ha interesado muchísimo, y la rareza de su conversacion ha mitigado la ira que me inspiró la temeridad de Leocadia. Usted con un poco de cultivo, con algo de poda, seria un árbol de provecho. ¿Gusta usted de decirme su nombre?

JUAN. Juan de las Viñas.

VENANCIO. Me gusta el apellido por sus consecuencias. ¿Con quién se trata usted en Madrid?

JUAN. Don Gorgonio, el que vive aquí, me conoce.

VENANCIO. ¿Quiere usted hacerme el favor de pasar á mi huerta y aguardarme allí un momento?

JUAN. No tengo inconveniente.

VENANCIO. Pues hasta luego.

JUAN. Hasta despues. *(Vase.)*

ESCENA VII.

DON VENANCIO.

(Llamando en casa de don Gorgonio.) Señor vecino.—Vaya con la muchacha, ¡qué de vicio va echando! En descuidándose con las hijas, al momento se le plagan á uno de pulgon. Ya se ve, el mismo encierro en que ha vivido, la falta de madre, su propia sencillez, su atolondramiento... Hija de padre al fin.

ESCENA VIII.

DON GORGONIO.—DON VENANCIO.

GORGONIO. *(Al balcon.)* ¿Era usted, señor don Venancio?

VENANCIO. ¿Me permitirá usted que le haga una pregunta?

GORGONIO. Con muchísimo gusto: bajo al momento. *(Quítase del balcon.)*

VENANCIO. El rey me dijo ayer que le pidiese una gracia por despedida: ese chico me ha salvado la honra: voy á hacer una cata en él para tantear su fondo; y si muestra buen terruño, he de pedir á S. M. que le conceda un destino.

GORGONIO. *(Saliendo.)* ¿Qué me tiene usted que mandar?

VENANCIO. Acabo de hacer conocimiento con un jóven muy estravagante, una especie de camueso silvestre....

GORGONIO. Por las señas no puede ser otro que Juan de las Viñas.

VENANCIO. Justo: me ha dado cuenta de que dirije sus raices hácia mi chica una planta parásita, un tal don Lucio; me ha confesado que él la quiere tambien; y me ha petado tanto el diantre del mozo, que si usted me dá buenos informes de él, no me pongo en camino hasta sacarle un empleo en América.

GORGONIO. ¿Trata usted de llevarle á América? (*Aparte.* ¿Qué mas pudiera yo desear?) Señor don Venancio, Juanito es un mozo de provecho, honrado, fiel, incapaz de hacer una trampa, incapaz de ensuciarse las manos con tizne de moneda. Envíele usted á Indias, envíele usted.

VENANCIO. Pero su familia....

GORGONIO. Escelente, me consta.

VENANCIO. ¿Sí? Pues está usted mas adelantado que él mismo. Diga usted, diga usted.

GORGONIO. (*Aparte.* Maldita imprudencia!) Quise decir que me parecia.... Hay probabilidades.... pero faltan las pruebas. ¿Y qué le hace la familia para la persona? El muchacho es bueno: sáquele usted de España: créame usted, aqui hay Viñas de sobra y en América no.

VENANCIO. Queria yo conocer á fondo su cepa.

GORGONIO. (*Aparte.* ¡Qué demonio!) Acaso le podrá dar á usted noticias el mercader don Roque Ruiz.

VENANCIO. ¿Don Roque? No necesito mas: gracias por todo.

GORGONIO. No hay de qué.! (*Vase don Venancio.*) Las noticias que adquiera de don Roque, serán harto vagas; pero no hallando otras, habrá de contentarse con ellas. Lo que es yo, libre está que declare mas. ¡Guarda!

ESCENA IX.

DON LUCIO.—DON GORGONIO.

LUCIO. (*Aparte.* Los caleseros se niegan á servirme de valde, y la hora ha pasado: que salga Leocadia y nos iremos á pié.) Buen viejo, ¿ha visto usted pasar por aqui á su hermosa vecina?

GORGONIO. ¿Doña Leocadia? Sí, ha salido, y se ha vuelto.

LUCIO. ¡Carambita! ¿Salió sola?

GORGONIO. Sola salió; pero aqui encontró compañia.

LUCIO. ¿Compañia? ¿Quién?

GORGONIO. Un jóven.

LUCIO. ¿Un jóven? Y por casualidad, ¿sabe usted...? ¿Les oyó usted algo?

GORGONIO. No; pero presumo cual seria el objeto de la conversacion.

LUCIO. ¡Me importaria tanto...!

GORGONIO. ¿Es usted por ventura el don Lucio que echa raices junto á Leocadia?

LUCIO. Silencio, que va usted á perderme.

GORGONIO. No, eso ya está hecho; nada tiene usted ya que perder.

LUCIO. ¿Pues cómo?

GORGONIO. El jóven que habló aqui á doña Leocadia, que es un tal Juan de las Viñas, hijo presunto de Bárbara Robles, vecina de Cuenca....

LUCIO. Sí, bien: ¿qué?

GORGONIO. Ese ha descubierto su amor de usted, y ha dado parte á don Venancio.

LUCIO. ¡Cielos!

GORGONIO. Ese quiere tambien á Leocadia.

LUCIO. ¿Es posible?

GORGONIO. Don Venancio lo sabe, y supongo que aprobará su amor cuando trata de emplearle en América, adonde él se va.

LUCIO. ¿Con qué mi rival se interpone entre mi ídolo y yo, y se alza con la proteccion del papá? ¡Carambita, caramba! Es menester que uno de los dos deje de existir.

GORGONIO. Nada perderia yo en que fuese el otro.... Mírele usted por dónde viene.

LUCIO. ¿Aquel? Ya le conozco, el de antes, el de sí señor y no señor, el que queria hacerme una chimenea en el occipucio. Me las ha de pagar.

GORGONIO. (*Aparte.*) Por sí ó por no, estaré á la mira. (*Vase á su casa, y quédase acechando detrás de la puerta, que entreabrirá una ú otra vez durante la escena siguiente.*)

ESCENA X.

DON JUAN.—DON LUCIO. DON GORGONIO, (*dentro.*)

JUAN. (*Sin ver á don Lucio.*) Vaya que el don Venancio me ha dejado confuso. Que recoja mis papeles y todo lo que me pertenezca. Pues, señor, iré primeramente á san Blas, á ver si me da luces Cosme Candiles.

LUCIO. Señor don Juan de las Viñas.

JUAN. Señor don Lucio Quiñones.

LUCIO. Ya lo sé todo.

JUAN. ¡Dichoso usted que nada tiene ya que aprender!

LUCIO. Usted ha estorbado la fuga de Leocadia porque es mi rival.

JUAN. ¿Eh?

LUCIO. Sí señor, porque usted la quiere.

JUAN. Santo varon, desengáñese usted. (*Aparte.*) Pero, ¿qué iba á decirle? Todo al revés.

LUCIO. ¿De qué me he de desengañar? Vamos.

JUAN. De que Leocadia no es para usted.

LUCIO. ¡Oh! no confie usted en el favor del padre, no crea que porque él le agencie á usted un empleo en América....

JUAN. ¿Empleo en América? Ahora comprendo: esto es lo que me queria dar á entender con tantos circunolquios.

LUCIO. ¿Con que aun no lo sabia usted?

JUAN. No, amigo don Lucio; á usted debo tan agradable noticia.

LUCIO. ¡Y soy yo quien se la participa!—Señor don Juan, yo necesito desahogar mi bilis: yo necesito hacerle á usted algun daño en trueque del que me hace. Yo no soy quimerista; pero estoy furioso, rabioso, reventando de odio y mala voluntad. Si usted no mide conmigo su espada, es un hombre sin honor.

JUAN. Oiga usted.

LUCIO. Un vil cobarde, un gallina.

JUAN. Oiga usted, seor abate renegado, véngase detras de aquellas tapias, y verá quien soy. (*Vase.*)

LUCIO. Al momento voy, al momento. ¡Carambita con el abridor de chimeneas! Pero Leocadia sale por alli sola: aprovechemos la ocasion. (*Va á recibirla.*)

GORGONIO. (*Saliendo de su casa.*) ¡Un desafio! Esto es mejor que el viaje de América para librarme del Juanito dichoso. Avisemos al alcalde de las afueras. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LEOCADIA.—DON LUCIO.

LUCIO. Leocadia mia, sígueme: aun es tiempo.

LEOCADIA. Ya no lo es: mira hácia aquella puerta.

LUCIO. ¡Carambita! ¿Es tu padre el que está alli medio asomado?

LEOCADIA. Él es, y de su parte vengo á hablar contigo.

LUCIO. ¡Carambola! ¿Y por qué? y para qué?

LEOCADIA. Para pedirte buenamente que renuncies á mi cariño: solo á este precio me perdona mi padre.

LUCIO. Falsa, no es verdad eso: ya sé la verdad, tu nuevo amante acaba de confesármelo.

LEOCADIA. ¿Cuál nuevo amante?

LUCIO. Ese Juan de las Viñas, que ha trastornado mis planes para afirmar los suyos.

LEOCADIA. ¡Calla! ¿Con que todo lo que me dijo fué por estar enamorado de mí?

LUCIO. ¿Luego no lo sabias?

LEOCADIA. Si hasta ahora no se me ha declarado.

LUCIO. ¡Y soy yo quien le sirve de intérprete!

LEOCADIA. ¡Qué disimulado! ¡qué astuto! Mira, Luciito mio, no te enfades; pero francamente, ese Juan de las Viñas sabe mas que tú.

LUCIO. Eso es, alábale en mis barbas.

LEOCADIA. Y lo que es de persona....

LUCIO. ¡Carambita, carambola, caramba!

LEOCADIA. Con que si llego á quererle, no podrás decir que te he dado un sucesor indigno. Adios, y consuélate con ese recuerdo que te envia mi padre. (*Le da una cartera y vase.*)

LUCIO. Un recuerdo.... ¡una cartera! (*La abre.*) Libranzas contra don Roque Ruiz. ¡Librancitas á mí, y en tal circunstancia! Las haré mas añicos.... No, no; las hará añicos don Roque, si quiere, despues que yo las haya cobrado.

ESCENA XII.

JUAN, *por un lado*: D. GORGONIO, EL ALCALDE *de las afueras y* ALGUACILES *por otro.*—D. LUCIO.

JUAN. Señor don Lucio....

GORGONIO. (*Aparte al alcalde.*) Aquel es el retador, aquel es el verdadero culpable. (*Señalando á Juan.*)

ALCALDE. Estad á la vista, corchetes.

LUCIO. Señor mio... (*Aparte.*) Este pagará por las libranzas.

JUAN. Vengo á buscar á usted.

GORGONIO. (*Bajo al alcalde.*) Ya oye usted: él le busca.

LUCIO. Señor mio, vamos allá. Aunque he estado á pique de ser abate como decia, nuestro desafio ha de ser á muerte, como decia....

JUAN. Si usted decia eso, yo no lo oí, y yo no lo digo: no admito el duelo.

GORGONIO. (*Aparte.*) ¡Maldito seas!

ALCALDE. (*Aparte á don Gorgonio.*) Hombre, esto no es lo que usted me dijo.

LUCIO. ¿Con que no admite usted el duelo? (*Aparte.* Este es el momento de gallear.) Yo le he ofendido á usted, y estoy en ánimo de ofenderle verbal y manualmente, y cualquiera en su lugar....

JUAN. Es que yo hago lo contrario de lo que haría cualquiera.

LUCIO. Si usted no saca al punto la espada, le hago picadillo con esta. (*La saca.*)

JUAN. En ese caso, porque usted no me pique... ya me pico yo. (*Saca la espada y las cruzan los dos.*)

ALCALDE. (*Corriendo á ellos.*) Ténganse al Rey. Prendedlos, desarmadlos. (*Los alguaciles los desarman.*) Les hemos oido á ustedes.

LUCIO. (*Aparte.*) ¡Buena la hice!

JUAN. (*Aparte.*) ¡Acerté en negarme!

ALCALDE. Señores, ustedes sabrán la severidad de las leyes contra el duelo, y si no lo saben, yo lo sé y basta. Usted (*á don Lucio.*) que es el provocador, no merece miramiento ninguno: irá usted á la cárcel. Usted (*A Juan.*) que ha resistido el duelo, podrá quedar bajo fianza en una casa segura.

JUAN. En la del señor, por ejemplo. (*Por don Gorgonio.*)

GORGONIO. En la mia no, en la de don Venancio.

LUCIO. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¡con Leocadia!

JUAN. (*Aparte.*) ¡Con Leocadia!

ALCALDE. (*A un alguacil.*) Acompañe usted al señor á casa de don Venancio. (*A don Lucio.*) Y usted venga conmigo.

LUCIO. ¡Carambita, carambola, caramba! (*Vanse.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Venancio.

Dos puertas laterales y una ventana. Otra puerta en el fondo. Un biombo cubriendo un ángulo donde hay un tocador.

ESCENA PRIMERA.

D. VENANCIO. D. GORGONIO.

GORGONIO. Por estas razones me pareció que el muchacho estaria mejor en su casa de usted que en la mia.

VENANCIO. Sí, sí: diga usted que los dedos se le antojan huéspedes, y no diga mas. Usted debia fiarle porque le conoce mejor que yo.

GORGONIO. A usted le gusta y á mí me encocora.

VENANCIO. Usted se queda aqui, y yo me voy mañana.

GORGONIO. ¿No me ha dicho usted que seria capaz de suspender el viaje hasta sacarle á Juan un destino?

VENANCIO. Ya se le he sacado, ya he visto al rey. ¿Le parece á usted que si se forma causa sobre el duelo, me serviria de plato de gusto detenerme para custodiar á ese señorito?

ESCENA II.

LEOCADIA.—DICHOS.

LEOCADIA. Ya está corriente la habitacion para el arrestado.

VENANCIO. ¡Que hacendosa andas tú hoy, por no hallarte á solas

conmigo! ¿Creerá usted que se ha compuesto de modo que aun no he tenido ocasion de reñirla?

LEOCADIA. ¿Qué hay que reñir? Si yo he delinquido, tambien he satisfecho. Usted prometió perdonarme si despedia á don Lucio: le despedí: estamos en paz.

VENANCIO. Eso es: todavia habrá que darte dinero encima.—Señor don Gorgonio, yo ando de prisa, y con los preparativos del viage y con el huésped, tengo toda la gente ocupada. ¿Quisiera usted llegarse á la tienda de don Roque Ruiz y decirle que no se olvide de comunicarme las otras noticias que me ha ofrecido acerca de Juan?

GORGONIO. Con sumo gusto.

VENANCIO. Y perdone usted la molestia.

GORGONIO. Adios, señores.

VENANCIO. Abur.

LEOCADIA. Mucho se entretiene por allá nuestro preso. ¡Ah! ya sale aquí.

ESCENA III.

JUAN.—D. VENANCIO. LEOCADIA.

LEOCADIA. ¿Qué le ha parecido á usted el cuarto? Lo he arreglado yo.

JUAN. Está como de mano de usted. Pero ¡qué incomodidades he venido á causar! Ustedes están de marcha, y habrán tenido que deshacer lios, desempaquetar trastos....

LEOCADIA. Favor que nada cuesta no es de estimar.

JUAN. Señor don Venancio, ¿daré yo ocasion á que usted retarde su marcha?

LEOCADIA. ¿Y qué importaria?

VENANCIO. Sí importaria algo; pero segun discurro, no hay que temer. A estas horas suelen SS. MM. bajar de paseo al convento de Atocha: iré y daré cuenta al rey de ese desafio; y aunque ya hoy le he molestado con una peticion, estoy seguro de que mandará ponerle á usted libre.

LEOCADIA. Sí, sí, papá: no se pierda el tiempo: corra usted.

VENANCIO. Llevaré de camino un ramo de flores para la reina, lo mejor de mi estufa; las voy á cojer. *(Aparte á Juan.)* Haga usted por desagradar á Leocadia, y se viene usted conmigo á las Indias.) Haz tú compañía al señor.

LEOCADIA. Cuanto usted quiera, papá. *(Vase don Venancio.)*

ESCENA IV.

JUAN. LEOCADIA.

LEOCADIA. ¿Gusta usted de que nos sentemos?

JUAN. Un preso está á la disposicion de su alcaide.

LEOCADIA. En efecto, el alcaide (ó la alcaidesa) ahora soy yo. En virtud, pues, de mis facultades.... siéntese usted ahí.

JUAN. Obedezco sin réplica.

LEOCADIA. ¿Se le hace á usted muy dura la cárcel?

JUAN. (*Aparte.* El padre me propone que la disguste; con que debo procurar agradarla.) ¡Ay Leocadia hermosa! Lo que yo sentiré es que tan dulce cautiverio no dure siempre.

LEOCADIA. ¿De veras?

JUAN. ¿Duda usted de mí?

LEOCADIA. Deberia dudar, sí señor: ¡es usted tan misterioso, tan reservado!

JUAN. ¿Reservado yo? Me honra usted con una cualidad que nunca se me ha conocido. Por lo regular suelo decir cuanto me pasa al primero que llega.

LEOCADIA. Pues, y al propio tiempo suele usted guardar con la persona mas interesada un silencio obstinado.

JUAN. ¿Tiene usted alguna queja de mí?

LEOCADIA. Si le parece á usted que no hay por qué....

JUAN. (*Aparte.*) ¿Si se habrá persuadido tambien que la quiero?

LEOCADIA. ¡Declararse con don Lucio, y no tener confianza conmigo?

JUAN. (*Aparte.*) ¡Ciertos son los toros!

LEOCADIA. Al diantre se le ocurre elegir por confidente á su opositor. ¿Qué habia de resultar? un lance, de fijo. Si hubiese habido muerte ó heridas, ¿quién hubiera tenido la culpa?

JUAN. (*Con tono sentimental algo afectado.*) La desgracia que sin cesar me persigue.

LEOCADIA. ¿Su desgracia de usted? Pues cierto que debe usted quejarse. Sin haber dicho esta boca es mia, se halla usted instalado en casa, con honores de favorito del padre y de predicador de la hija: ya es avaricia pretender mas.

JUAN. (*Aparte.* A una indirecta de esta especie debia uno echarse á sus pies y declararle su amor: yo todo al contrario.) Seño-

rita, (*Levantándose.*) las quejas de usted, que serian capaces de sacar de sus casillas á un anacoreta, me ponen en un estraño conflicto. Yo, señorita, soy un hombre particular, singular, exótico, (como diria don Venancio): soy un hombre que siente en el corazon ciertos arranques centrípetos, y luego en la cabeza ciertos sacudimientos centrífugos; hombre sistemático, problemático y tal vez lunático: hombre cuya razon y cuyos afectos andan tornapuntados.... y entre sus afectos y su razon, entre la inclinacion impulsiva y la voluntad repelente.... no sabe como demonios salir de la trapisonda en que se ha metido.

LEOCADIA. Habla usted que da envidia oirle; pero.... ¿qué quiere usted decir?

JUAN. Señora, lo que digo es que entre su padre de usted por un lado, y usted por otro lado, y don Lucio por otro lado, y yo por otro, que son los cuatro costados de mi posicion, estoy aquí preso con muchísimo gusto.... digo, contra mi santísimo gusto.... me alegro, y lo siento.... y.... cada vez me voy embrollando mas.

LEOCADIA. Ya varía eso algo de lo que decia usted antes. Al principio afirmó usted que se alegraba infinito de hallarse preso, y ahora veo que en parte se alegra y en parte lo siente. Pues lo que es yo, le prometo hacer que la prision dure todo lo posible: si á usted le agrada, para complacerle; y sino, para castigarle de sus enredos.

JUAN. ¡Oh! eso será lo que tase un sastre. Si se me antoja salir, ¿quién me detiene?

LEOCADIA. Amiguito, en nombre de S. M. ha sido usted preso: la obligacion de un buen vasallo es respetar la justicia del rey.

JUAN. Es que yo....

LEOCADIA. Y la obligacion de un arrestado es no comprometer á su fiador.

JUAN. Eso basta para que haga yo todo lo contrario.

LEOCADIA. ¿Tratará usted de fugarse?

JUAN. Andandito.

LEOCADIA. Cerraré las puertas. (*Va á cerrarlas.*)

JUAN. Brincaré por la ventana.

LEOCADIA. No salte usted, no, que se hará usted daño. ¡Ah!

(*Salta Juan por la ventana.*)

ESCENA V.

DON VENANCIO.—LEOCADIA.

VENANCIO. ¿Por qué chillas?

LEOCADIA. ¡Ay papá! ¡qué picardia tan grande! ¡qué insulto! Enfádese usted. Consuéleme usted.

VENANCIO. ¿De qué? ¿Por qué? ¿Ha entrado algun rebaño en la huerta?

LEOCADIA. No señor, no ha habido entrada sino salida: el arrestado se ha ido de casa sin hacerme caso.

VENANCIO. ¿Juan de las Viñas?

LEOCADIA. Juan de las Viñas, sí señor, que se ha portado como un Juan Portal.

VENANCIO. ¡Lindo! Si el rey no le indulta, vienen á tomarle declaracion: no podré presentarle, y me veré en un descubierto con la justicia.

LEOCADIA. Sí señor, á eso nos espone.

VENANCIO. ¡Voto á la cebolla del azafran! ¡Y yo que no estaba lejos de aclimatar á ese cermeño en mi casa!

LEOCADIA. ¡Y yo que he estado bien cerca de decirle que le queria!

VENANCIO. ¿Eso ibas á hacer, cabeza de chorlito?

LEOCADIA. Como me habian asegurado que él me queria á mí....

VENANCIO. ¿Quién te lo ha contado?

LEOCADIA. Don Lucio.

VENANCIO. ¿Y de quién lo sabia don Lucio?

LEOCADIA. De quien no podia equivocarse, de Juan.

VENANCIO. Juan me juró á mí que en su vida te habia dicho palabra.

LEOCADIA. Y es verdad: ni aun ahora se ha esplicado tampoco.

VENANCIO. ¿No? (*Aparte.* Ya lo entiendo: como le mandé que la disgustase, ha huido para desairarla.) Pues, hija mia, cuando un mozo de las prendas del señor don Juan de las Viñas, ha sido capaz de abandonar la casa de su fiador, sus razones le habrán asistido: respetémoslas.

LEOCADIA. ¡Con que usted ya le disculpa!

VENANCIO. No me pregunte usted, no sonsaque usted á su padre.

LEOCADIA. ¡Ah! ya lo entiendo yo tambien. Usted le habrá exijido palabra de callarme su amor; y el pobrecillo por no faltar á su promesa, y temiendo caer en la tentacion, ha recurrido al ingenioso arbitrio de la fuga.

VENANCIO. (*Aparte.*) ¡Qué penetracion de chica! Toda ha salido á mí.

LEOCADIA. ¿Quién no ha de admirar un sacrificio tan grande? ¿quién no ha de querer á un jóven tan virtuoso?

VENANCIO. Niña, niña, usted sabe cuantas veces el rey ha prometido casarla. Usted no debe querer sino a quien mande el rey.

LEOCADIA. Yo le rogaré que me mande querer á Juan.

VENANCIO. Tú mereces otra cosa mejor.

LEOCADIA. Esa es vanidad de padre. Usted ha confesado que pensaba instalar en casa á mi prófugo.

VENÀNCIO. Sí, pero ¿por qué? Porque como él te queria, y yo pensaba que tú á él no, ninguno mejor para espantajo, digo, para vijilante tuyo y de tus pretendientes.

LEOCADIA. Por no hacer de espantajo se habrá espantado él.

ESCENA VI.

EL ALCALDE.—DICHOS.

ALCALDE. Señores, señores, gran novedad.

VENANCIO. ¿Lo dice usted por la escapatoria del preso?

ALCALDE. Tranquilícese usted; don Juan se ha encontrado conmigo al salir, y que quieras que no, le he hecho volver.

LEOCADIA. ¡Ah!

VENANCIO. ¡Oh!

ALCALDE. Leyendo queda un pliego que le ha traido un dependiente de la Real Casa.

VENANCIO. (*Aparte.*) Su nombramiento.

ALCALDE. La novedad que vengo á anunciarles á ustedes, es que don Lucio se halla ya libre.

VENANCIO. ¿Don Lucio libre?

LEOCADIA. Pues entonces Juan....

ALCALDE. Queda libre tambien, por supuesto. Es lo único que les he dicho de cuanto pasa.

LEOCADIA. Pero ¿qué pasa?

ALCALDE. Que al entrar yo en Madrid con don Lucio y los alguaciles, tropezamos con SS. MM. que paseando á pié, venian á Atocha.

VENANCIO. En efecto, nada tenia de particular.

ALCALDE. Don Lucio atropella á su escolta, corre y se echa á los

pies del Rey pidiéndole indulto. « ¿Qué has hecho? » preguntó S. M. entre bondadoso y ríjido.—«Señor, es un desafio; no ha habido sangre; apenas hemos llegado á cruzar las espadas: el alcalde lo puede decir. »—Yo declaré que era verdad. —«Y quién es el...? »—« El que ha reñido contigo », queria decir el rey; pero la reina le interrumpió diciendo con gracia: « no preguntes quien es él, sino quien es ella. »

VENANCIO. ¡Hola! ¿Con que la reina...?

ALCALDE. Al momento adivinó que habia dama por medio.

LEOCADIA. ¿Y qué les respondió don Lucio?

ALCALDE. ¿Qué habia de responder? que el duelo habia provenido de tener celos él de un galan mas afortunado, y que la dama era doña Leocadia Morales.

VENANCIO. ¡Pues! ya saben los reyes sus devaneos; ¡buen escándalo das!

ALCALDE. « ¿Leocadia? » esclamó el rey. « ya la conozco: es una muchacha muy linda.»

VENANCIO. (*Con enfado.*) Favor de S. M.

ALCALDE. «Una niña muy loca», añadió la reina.

LEOCADIA. Favor de S. M.

ALCALDE. Con esto el rey alargó benignamente la mano á don Lucio, pronunciando el: «yo te perdono.»

VENANCIO. ¡Qué rey tan bueno!

ALCALDE. Y volviéndose á mí, me dijo: «cuéntale á Morales el lance; adviértele que se divulgará al momento, porque nos han oido mas de treinta personas; y aconséjale en mi nombre que trate de que su hija se case al punto con el que ella prefiera.»

LEOCADIA. ¡Qué rey tan bueno!

ALCALDE. Con que le cuento á usted el lance, le advierto que se divulgará al momento, porque lo han oido mas de treinta personas, y le aconsejo en nombre de S. M. que trate usted de que la niña se case con el que ella prefiera.

VENANCIO. Pero, señor, si me voy de Madrid mañana.

LEOCADIA. ¿Si querrá S. M. que me case usted hoy?

ALCALDE. S. M. me anunció por último que enviaria desde Atocha sus órdenes.

LEOCADIA. ¡Ay papá! mire usted: un caballerizo de S. M.

Escena 7ª

Criado 1º de = Señor, un Caballero de S. M. acaba de traer este pliego para V.

Veranceio = Dios mio! yo no sé lo que me pasa, leamos corriendo „ S. M. me manda prevenir á V. que habiendo consultado con el señor Arzobispo, que está ahora en Madrid, S. E. dispensa las amonestaciones; y esperan á V. á su hija y al novio para desposarlos dentro de media hora. El Alcalde será el padrino."

Leocadia = Dios mio! yo moriré de real orden!

Alcalde = Yo padrino!

Veranceio = Yo suegro!

Leocadia = S. M. lo manda: no hay mas que obedecer.

Alcalde = No hay mas que obedecer.

Veranceio = No habrá otro remedio. Andres, tomaza, una casaca para mi, y otra para el señor Don Juan.

Alcalde = Yo me voy corriendo á casa á ver si veo aquella bendita muger dónde están mis hebillas.

Andres =

VENANCIO. ¡Media hora para escojer un yerno!

LEOCADIA. Media hora para peinarse y vestirse: ¡imposible!

VENANCIO. Y no hay que darle vueltas: S. M. quiere que case á la chica con el que ella prefiera.

LEOCADIA. Papá, ahora que me acuerdo: ¿á quién he de preferir yo? No venga usted luego diciendo que no me he casado á su gusto: decídalo usted.

ESCENA IX.

JUAN.—DON VENANCIO. LEOCADIA.

JUAN. Leocadia, ya vé usted que no me he escapado muy lejos.—Señor don Venancio, acabo de recibir una real órden....

VENANCIO. Yo otra.

LEOCADIA. Yo puedo decir que otra tambien.

JUAN. La mia es un nombramiento.

LEOCADIA. La mia es una facultad de nombrar.

JUAN. A usted (*Por don Venancio.*) debo sin duda que cambie mi suerte con una novedad tan feliz.

VENANCIO. Hay mas novedades.

LEOCADIA. El rey está en Atocha.

VENANCIO. Y la reina tambien.

LEOCADIA. Y el arzobispo tambien.

VENANCIO. Y tendremos que ir nosotros tambien.

LEOCADIA. Pues, tambien nosotros. El primero mi papá.

VENANCIO. Pues, con la novia.

LEOCADIA. Y con el novio.

VENANCIO. Y el padrino, que ha ido á buscar las hebillas.

JUAN. Señores, ¿qué gerigonza es esta?

LEOCADIA. Si es lo mas claro del mundo. Mire usted: don Lucio le ha dicho al rey que no ha corrido sangre.

VENANCIO. El rey le ha dicho á don Lucio que ¿quién era él?

LEOCADIA. La reina le ha preguntado qué ¿quién era ella?

VENANCIO. Luego ha venido el alcalde.

LEOCADIA. Luego el caballerizo: y ya no hay amonestaciones, y hay indulto, y un consejo y una órden.... y se divulgará el lance.... y dentro de media hora.... ya verá usted.

JUAN. Lo que es hasta ahora estoy á ciegas.

ESCENA X.

DOS CRIADOS *y* DOS CRIADAS, *trayendo prendas de vestir.*-

DICHOS.

CRIADO. Señor amo, aqui está la ropa.

CRIADA. Señorita, cuando usted quiera.

LEOCADIA. Hablen ustedes, que detras del biombo bien puedo oirlos. *(Ella y las dos criadas se colocan detras del biombo.)*

VENANCIO. Señor don Juan de mi vida, voy á esplicar á usted la rara situacion en que usted me encuentra, embarrancado con una boda que ha de sembrarse, nacer, crecer y madurar en un periquete. ¿Me permite usted que en su presencia me vista?

JUAN. Es usted muy dueño. (*Don Venancio se muda de peluca, chupa y casaca.*)

LEOCADIA. (*Detras del biombo.*) Papá, repito que disponga usted libremente; pero préstele un trage á Juanito por sí ó por no.

VENANCIO. Sí, ya entiendo. Vé á buscarlo, Tomás. *(Vase el criado.)* Amigo don Juan de las Viñas, S. M. para atajar las murmuraciones que ha de producir el desafio de don Lucio y usted, quiere que Leocadia se case al instante.

JUAN. ¡Cielos! ¿Con quién?

LEOCADIA. (*Detras del biombo.*) Con el que yo prefiera: tal es la augusta voluntad de la real persona.

VENANCIO. Me hallo, pues, en el caso de conferenciar con usted gravemente sobre el particular.

UN CRIADO. (*Volviendo con un vestido.*) Aquí está la ropa, señor don Juan.

JUAN. ¿Y me he de encajar yo eso?

LEOCADIA. (*Detras del biombo.*) Haga usted lo que se le mande.

JUAN. Veamos en qué para esta funcion. *(Se quita su ropa.)*

VENANCIO. Por fortuna parece que á Leocadia no se le habia arraigado mucho la aficion al caballero Quiñones.

LEOCADIA. *(Detras del biombo.)* ¡Qué pesadez! Corre pronto esa jareta, Martina.

JUAN. ¡Oh! El sermon que yo le eché esta mañana era capaz de ablandar á un risco.

VENANCIO. Usted por su parte me confesó que estaba prendado de la chica: usted le hizo igual declaracion á don Lucio: don Lucio

se lo contó á Leocadia : Leocadia lo sabe....

JUAN. (*Enagenado.*) ¡ Ah ! Y yo sé tambien como debo aprovechar tan feliz coyuntura. (*Acercándose al biombo.*) ¡ Leocadia, Leocadia hermosa ! y bien : si sabe usted eso , ¿ qué es lo que usted me dice?

LEOCADIA. (*Detras del biombo.*) ¿ Yo ?... Vístase usted.

JUAN. ¡ Dios mio ! ¡ qué dicha ! Yo dudo si lo entiendo , yo dudo si me equivoco. Señor don Venancio , á usted acudo para....

VENANCIO. Hombre, vístase usted.

UNA CRIADA. (*Detras del biombo.*) Señor amo; la señorita está mirando á don Juan por un agujero , y no se deja aviar. ¡ Ay !

VENANCIO. ¿ Qué ha sido eso?

CRIADA. (*Detras del biombo.*) Un pellizco.

JUAN. (*Junto al biombo.*) Leocadia mia , perdone usted mi turbacion , mi sorpresa....

VENANCIO. Que se pone usted la chupa al revés.

JUAN. ¿Quién piensa en la chupa ahora que...?

VENANCIO. Ahora que se trata de casaca : es verdad.

JUAN. Un sueño creo que es lo que me está pasando; pero ¡ qué sueño tan delicioso ! Ya por fin descubro los afectos de mi corazon , por fin me conozco. Sí , Leocadia mia, desde el momento que la he visto á usted, la he amado : mi amor , sin sospecharlo yo , me ha hecho por instinto impedir la fuga de usted, hablar con su padre , deslumbrar á mi rival y dejarme conducir á esta casa. Leocadia , Leocadia mia , yo no la merezco á usted : yo no merezco ni alzar los ojos á mirarla. Desde aquí (*Arrodillándose junto al biombo.*) la adoro á usted postrado, porque en su presencia no tendría valor para estampar mis labios en esa mano hermosa , prenda de mi ventura.

LEOCADIA. (*Sacando la mano por un agujero del biombo.*) Tómela usted sin verme. (*Juan la besa repetidas veces.*)

VENANCIO. Basta , basta , hombre : avíese usted ; no se impacienten SS. MM.

JUAN. ¡ Justo cielo ! ¡ Yo sin bienes , sin padres, sin ser conocido de ustedes , yo yerno de usted !

VENANCIO. Media una órden del rey , el cariño de una hija mimada, la poca aprension de un padre , y un viaje á Indias donde todo el mundo hace papel.

JUAN. ¡Qué injusticia tan grande hacia yo al saber de la providencia! Figúrese usted que amostazado de que mi honradez solo me atraía desgracias , me habia propuesto el absurdo sistema de hacer todo lo contrario de lo que me dictase mi corazon.

VENANCIO. Yerno mio ,usted (sin vanidad) es un poco simple; y como su corazon aunque honrado, no le dictaria mas que imprudencias, el modo de acertar y proceder con cordura, era practicar todo lo contrario. Hay honradeces muy estúpidas, amigo Juan.

JUAN. ¡Calle! Pues bueno seria que tuviese usted razon. Recapitulemos. El primer acto de mi sistema fué abandonar á la que yo tenia por madre, que andaba triste y despegada conmigo.

VENANCIO. Si usted estorbaba, hizo bien en quitarse del medio.

JUAN. Luego Leocadia me pidió su amparo, y se le negué.

LEOCADIA. (*Detras del biombo.*) Hizo usted bien, porque de lo contrario hago yo un disparate.

JUAN. Luego le emboqué á usted el chisme del galanteo de don Lucio.

VENANCIO. Hizo usted bien, porque peligraba mi honra.

JUAN. Luego le dije á don Lucio que yo amaba á Leocadia.

VENANCIO. Hizo usted bien, porque asi se le desahuciaba y nos librábamos de él.

LEOCADIA. (*Detras del biombo.*) Hizo usted bien, si dijo verdad.

JUAN. Sí que la dije, sino que aun no habia caido en ello. Pero ¿y el haber rehusado un desafío?

VENANCIO. Fué muy bien hecho, porque el duelo es un crimen.

JUAN. ¿Y el haber querido quebrantar el arresto?

VENANCIO. Entonces he conocido yo toda la delicadeza de usted.

LEOCADIA. (*Detras del biombo.*) Y yo.

JUAN. Resulta que sin saberlo me he portado como un Salomon. ¡Viva mi fortuna! ¡viva mi sistema! Pero no: muera para siempre: desde ahora lo abandono y declaro que ya no rige.

VENANCIO. ¿Por qué?

JUAN. ¿No lo adivina usted? Porque lo que ahora me dicta mi corazon, y yo ejecuto, es aceptar con entusiasmo este enlace; y segun mi sistema lo deberia rehusar.

VENANCIO. ¡Toma! es que el rehusarlo seria una necedad tan grande como lo hubieran sido las que usted ha evitado: este caso no entra en regla comun.

ESCENA XI.

DON GORGONIO, *con una carta en la mano.*—DICHOS.

GORGONIO. Santas y buenas tardes, señores.

VENANCIO. Felices.

JUAN. Felicísimas.

GORGONIO. Señor don Venancio, don Roque acababa de salir de su tienda; pero habia dejado para usted esta carta, por lo cual se la traigo á usted.

VENANCIO. Désela usted á don Juan, que á él le pertenece.

JUAN. ¿A mí? ¿Y qué viene á ser esto?

VENANCIO. Tal vez halle usted ahí noticias acerca de su familia.

JUAN. ¿De mi familia? En entrando yo en la de usted, lo demás..... (*Abre la carta.*)

LEOCADIA. (*Saliendo de detras del biombo, ricamente vestida.*) ¿De la familia de Juanito se trata?

JUAN. ¡Ah! ¡qué hermosa está usted!

VENANCIO. Veamos, veamos.

JUAN. (*Lee.*) «Señor don Venancio Morales Valdeperal y Tomiza: muy señor mio...» (*A Leocadia.*) Es que parece usted un serafin.... (*Lee.*) «No pudiendo, como ya le previne á usted, ilustrarle mas en órden á los padres de Juan de las Viñas...»

GORGONIO. (*Aparte.*) Ya sabia yo que seria bien poco.

JUAN. (*A Leocadia.*) El pico del peto está torcido. (*Lee.*) «Mandé llamar, segun quedamos, á Cosme Candiles, el santero del san Blas....»

GORGONIO. (*Aparte.*) ¡Maldita ocurrencia! ¿Qué habrá dicho ese diablo?

JUAN. (*Lee.*) «Y suyos son los datos que á usted comunico.» (*A Leocadia.*) En el hombro tiene usted cogido el encage con el escote.

VENANCIO. Hombre, usted se emboba contemplando á la chica, y á cada renglon hace una pausa. Dé usted aqui. (*Quítale el papel.*)

LEOCADIA. Lea usted pronto, que hay mucho que hacer.

VENANCIO. (*Lee.*) «Candiles... de san Blas.... El susodicho Candiles declara que llevó desde Madrid á Cuenca á Juan de las Viñas de edad de tres meses, y le puso en manos de Bárbara Robles por encargo de una persona desconocida.»

GORGONIO. (*Aparte.*) Bien.

JUAN. Esa Robles es la que he tenido por madre.

VENANCIO. (*Lee.*) «Declara asimismo el referido Candiles, con toda seguridad y certeza, que acerca de los padres del espresado Juan de las Viñas nada sabe de fijo.»

GORGONIO. (*Aparte.*) Salí del susto.

VENANCIO. Pues, señor, el informe del tio Candiles puede arder en un candil. ¡Vaya un...!

LEOCADIA. (*Cogiendo á su padre el papel.*) Si se interrumpe usted así, no acabaremos: yo seguiré. (*Lee.*) «Nada sabe de fijo; pero segun lo que oyó á cierto sujeto que hoy se halla en Madrid....»

GORGONIO. (*Aparte.*) ¡Diantre!

LEOCADIA. (*Lee.*) «El padre del mencionado Juan de las Viñas fué... el difunto....» (*Soltando el papel.*) ¡Dios mio! ¡qué horror! ¡qué horror! (*Huye á su cuarto.*)

JUAN. ¡Leocadia!

LEOCADIA. No se me acerque usted. (*Entra y echa la llave.*)

VENANCIO. ¡Qué diantres le pasa! (*Coge el papel y lee.*) «El padre del mencionado Juan.... fué....» (*Suelta el papel.*) ¡Vírgen de los Enebrales! ¡qué descubrimiento! (*Dirígese á su cuarto.*)

JUAN. ¡Señor don Venancio!

VENANCIO. Apartate de mí, infeliz. (*Entra y cierra.*)

JUAN. Pero, señor, ¿quién es mi padre? (*Coge el papel.*) Salgamos de dudas. (*Lee.*) «El padre del mencionado fué.... » (*Soltando el papel.*) ¡Jesucristo! Yo no sobrevivo á este golpe. Voy á precipitarme en el pozo de la huerta. (*Vase.*)

GORGONIO. Pero ¿qué demonios dice ese papel, que vuelve loca á esta gente? Leamos. (*Coge el papel y lee.*) «El padre de Juan de las Viñas fué el difunto ejecutor de justicia de esta Villa y Corte.» ¡El ejecutor! El verdugo. ¡Ah! Ya lo adivino: bien fácil es. Pero ¿cómo habia yo de acordarme al pronto lo que le dije á Cosme veinte años há? En fin, si el muchacho se ahorca de rabia, pleito por menos.

ESCENA XII.

DON LUCIO.—DON GORGONIO. *Luego* DON VENANCIO.

LUCIO. El señor don Juan de lás Viñas ¿está por acá?

GORGONIO. Ha salido á tomar el fresco.

LUCIO. ¡Carambita! S. M. me enviaba á que me reconciliase con él.

VENANCIO. (*Saliendo por la puerta del fondo.*) Toma ese dinero, infeliz: huye donde nadie te.... (*Reparando en don Lucio.*) Caballero, perdone usted. ¿Quién es usted?

LUCIO. Soy don Lucio Quiñones.

VENANCIO. ¡Don Lucio! El que me.... el que la.... Muy señor mio.

LUCIO. Vengo de Atocha, donde acabo de recibir una gracia de S. M.

despues de haber recibido otra : total dos. Principio por pedir á usted el perdon mas humilde. ¡No lo volveré á hacer mas, no!

VENANCIO. ¿Viene usted de Atocha, eh? S. M. ¿nos estará esperando?

LUCIO. Por momentos.

VENANCIO. S. M. ¿se disgustaria sino se efectuase la boda?

LUCIO. Le he oido decir que tenia empeño formal en ella.

VENANCIO. ¡Empeño! Está visto, seria un escándalo el escusarse. Señor don Lucio, usted ha querido á Leocadia.

LUCIO. Y la quiero todavia; pero....

VENANCIO. Usted será su esposo.

LUCIO. ¡Carambola! Pero es que ya....

VENANCIO. Usted lo será, usted lo va á ser. Venga usted conmigo.

LUCIO. Mire usted que Leocadia....

VENANCIO. Leocadia ha de hacer lo que yo le mande, ó le costará la vida. Sígame usted.

LUCIO. ¡Caramba! Atiéndame usted.

VENANCIO. Sígame usted.

LUCIO. Señor, que yo....

VENANCIO. Señor, que yo lo quiero. Venga usted, venga usted. (*Llévaselo por fuerza.*)

ESCENA XIII.

DON GORGONIO, *y luego* JUAN.

GORGONIO. ¡Calla! ¿Con que al cabo don Lucio se casa con Leocadia, y entra en la boda el rey? Y parece que don Venancio habia pensado antes en otro yerno: no podia ser sino Juan.

JUAN. (*Subiendo por la ventana trayendo un palo.*) ¡Un hombre solo! Sí, sí: esto es lo que debo hacer. (*Cierra la vidriera y despues la puerta del fondo.*)

GORGONIO. ¿Aquí otra vez este? ¡Ay Vírgen santa!—Oyes, oyes: ¿qué haces, chico?

JUAN. ¿Qué hago, eh? Lo que debe hacer un hombre desesperado y dejado de la mano de Dios.

GORGONIO. El que está desesperado se ahorca.

JUAN. Eso es lo que suele hacerse; pero no lo que se debe hacer. No debe uno ahorcarse, sino dejarse ahorcar: es mas cristiano, mas nuevo.

GORGONIO. Hombre, ¿quieres obligarme á que te ahorque yo?

JUAN. No señor, ello vendrá por sus pasos contados. El camino del cadalso es el delito: yo quiero delinquir.

GORGONIO. Delinque tu solo; déjame huir para no ser tu cómplice.

JUAN. Yo no le quiero á usted para cómplice, sino para víctima.

GORGONIO. ¡Juanito!

JUAN. No hay Juanito que valga. En la huerta me he encontrado con el pozo abierto de par en par, que no parecia sino que me convidaba á sepultarme en su seno....

GORGONIO. ¿Y porqué has rehusado el convite?

JUAN. Porque no he querido meterme en honduras. Alli cerca ví este garrote....

GORGONIO. ¡Juanito!

JUAN. Y al momento comprendí que era el instrumento de muerte destinado á mí....

GORGONIO. ¿Para matarte?

JUAN. Para matar con él al primero que hallara.

GORGONIO. ¡Animas benditas!

JUAN. El primero ha sido usted: póngase bien con Dios, porque para merecer la horca, para ir al palo, voy á principiar por deslomarle á usted de una paliza.

GORGONIO. ¡Favor!

JUAN. (*Echándole mano.*) Le ahogo á usted si chista, le derriengo si calla: escoja usted.

GORGONIO. ¡Juanito!—¡Válgame Dios! Yo no sé que decirle para ablandarle.—Juanito, recuerda nuestras antiguas relaciones.

JUAN. Asi será mayor el delito y mayor la pena, mejor para mí. ¡Muere á mis manos! (*Apalea á don Gorgonio.*)

GORGONIO. (*Huyendo.*) Juanito, por Dios, que estás engañado, que yo he conocido á tu padre.

JUAN. Razon mas para que te acogote. Toma.

GORGONIO. Que no es eso: que tu padre era un caballero ilustre.

JUAN. Eso lo dice usted por salvar su pellejo. Zurrido.

GORGONIO. Creéme: á fé de Gorgonio Grajales Ladron de Guevara. Tengo testimonios irrecusables, auténticos....

JUAN. ¿Pues qué? ¿No era mi padre verdugo?

GORGONIO. Sí; pero....

JUAN. (*Dándole.*) Toma.

GORGONIO. Hombre, no, no: óyeme: era verdugo; pero él no era el verdugo.

JUAN. Toma, para que te vengas con retruécanos.

GORGONIO. Era Verdugo de apellido; de oficio no.

JUAN. ¿Será posible? ¡Verdugo de apellido! ¡apellido noble! Pero ¿cómo lo confundió el santero?

GORGONIO. Le dije... le.... le deslumbré yo.

JUAN. Es decir que le engañó usted.

GORGONIO. Fué con la verdad.

JUAN. ¿Y á qué vino ese engaño?

GORGONIO. A que tus padres....—Hombre, tira ese palo si quieres que me esplique. (*Juan lo tira.*) Tus padres, que estaban proscritos por haber sido secuaces del archiduque, murieron ocultos en mi casa, donde tú naciste.

JUAN. ¿Y por qué me hizo usted hijo de nadie sin mi permiso? ¿por qué? (*Coge el palo.*)

GORGONIO. Tente, y te devolveré el dinero de tus padres que guardo todavia: tente, por Dios.

JUAN. ¿Con qué usted me ha robado mi herencia?

GORGONIO. Robarla no: me quedé con la mitad en remuneracion de haber escondido en mi casa á tus padres, y la otra mitad se la dí á tu madre adoptiva en Cuenca.

JUAN. ¡Y se hizo usted nuestro administrador para alzarse tambien con esa parte de mis bienes! De modo que pudiendo yo vivir cómodamente con lo mio, aun he tenido que ser gravoso á mi pobre nodriza. Es menester de todos modos acabar con usted. (*Le apalea.*)

GORGONIO. ¡Socorro! ¡socorro!

ESCENA XIV.

EL ALCALDE *y* ALGUACILES: *luego* DON LUCIO, DON VENANCIO *y* LEOCADIA.—DICHOS.

ALCALDE. (*Abriendo la puerta del fondo de una patada.*) ¿Qué alboroto es este? ¿qué pasa aquí?

GORGONIO. Señor alcalde, sálveme usted de este verdugo.

JUAN. Señor alcalde, prendame usted á ese ladron.

LUCIO. (*Saliendo como que huye de don Venancio.*) Señor alcalde, haga usted que me escuche este hombre.

VENANCIO. Señor alcalde, mande usted á ese frujívoro que se deje casar.

LEOCADIA. (*Qué ha salido deteniendo á su padre.*) Señor alcalde, sáqueme usted de aquí y lléveme á un convento.

ALCALDE. Por supuesto, al de Atocha: allá vamos todos.

LUCIO. ¡Carambita! ¿Me dejarán ustedes hablar? Yo no puedo casarme, porque acabo de aceptar un beneficio eclesiástico: voy á ser abate.

VENANCIO. ¿Abate? ¿Y quién se casa con mi hija?

LEOCADIA. Ya que no ha de ser el señor, (*Por Juan.*) ninguno.

JUAN. (*Casi sin poder hablar de gozo.*) Es que.... Leocadia mia.... es que.... señor don Venancio.... es que.... señor alcalde.... es que ya lo puedo ser yo.

VENANCIO. ¿Habiendo sido su padre de usted verdugo?

JUAN. Lo fué como yo, y yo como él, y él y yo como mi abuelo y mi bisabuelo y mi tatarabuelo: todos en mi familia hemos sido verdugos, con muchísima honra, porque este es el apellido de mi familia.

VENANCIO. ¡El apellido!

LEOCADIA. ¡Ah!

VENANCIO. ¿Es creible?

GORGONIO. Es cierto, indudable. Una equivocacion del santero. Yo tengo las pruebas y las presentaré á S. M. El señor es verdugo como yo soy ladron.

JUAN. Usted lo es de....

GORGONIO. Sí, Ladron de Guevara: y tú eres Verdugo de....

ALCALDE. De las Viñas.

GORGONIO. (*Resintiéndose.*) De Costillares. Yo he sido hasta hoy depositario de ese secreto.

JUAN. Y de otras cosas.

GORGONIO. Pero hoy restituyo al señor su nombre y demas.

ALCALDE. ¡Señor don Juan Verdugo de Costillares!

VENANCIO. ¡Yerno mio!

LEOCADIA. ¡Juanito mio!

ALCALDE. ¡Ahijado mio!

VENANCIO. ¡Qué susto nos has hecho pasar!

JUAN. Todo el mal ha consistido en haberme separado de mi sistema: y sino vuelvo á él y apaleo al señor....

ALCALDE. ¿Con que llegó usted á darle á don Gorgonio?

JUAN. ¡Oh! pero de firme! el señor lo puede decir.

GORGONIO. (*Llevándose la mano á la espalda.*) Testimonios hay.

VENANCIO. ¡Qué atropello!

LEOCADIA. ¡Pobre vecino!

JUAN. Pero la virtud de ese talisman prodijioso (*Señalando el palo.*) ha hecho al señor confesar que conserva en su poder bienes de mis padres.

ALCALDE. ¡Hola, hola!

VENANCIO. Entonces has obrado perfectamente. Hay árboles que dan á palos el fruto.

JUAN. Ahora me acuerdo de que mi madre me encargaba que hiciese hablar al señor de cualquier manera. Tiene usted razon, suegro: he hecho perfectamente. Ya ve usted, don Gorgonio: la obediencia filial....

VENANCIO. Don Gorgonio debe alegrarse de que le hayas escusado un pleito.

ALCALDE. Que lo hubiera perdido con costas.

GORGONIO. Me hubieran dolido menos que las costillas.

ALCALDE. Pero ¿qué hubiera sido de usted si le hubiese cogido la muerte poseyendo lo ageno?

LEOCADIA. ¡Ay! quizá deba usted su salvacion eterna á mi Juan.

GORGONIO. Vaya, pues.... gracias por todo al señor don Juan.

JUAN. Mande usted, don Gorgonio, mande con franqueza sobre el particular.

ESCENA XV.

EL CABALLERIZO DE S. M.—DICHOS.

CABALLERIZO. Señores, está un coche de S. M. á la puerta para conducir á los individuos de la boda. ¿Se hallan prontos ustedes?

LEOCADIA. El papá sí.

VENANCIO. La novia tambien.

ALCALDE. El padrino y testigos tambien. *(A Lucio y Gorgonio.)* Ustedes lo serán.

CABALLERIZO. ¿Y el novio?

JUAN. ¡Qué pregunta! Por supuesto que el novio..... Pero ¡qué digo! El novio no.

TODOS. ¿Cómo?

JUAN. Como que no: ¡estoy escarmentado! La única vez que he cedido á mi natural impulso, he recibido una noticia horrible: si hago lo mismo ahora, me va á suceder otro percance.

ALCALDE. Pero, hombre, ¿quiere usted casarse? Sí ó no.

JUAN. Quiero casarme; pero voy á decir que no quiero.

VENANCIO. Entonces ¿cómo te han de casar?

LEOCADIA. ¡Juanito!

JUAN. Compónganse ustedes como gusten: yo no quebranto mi

sistema: yo no me quejo casar voluntariamente.

VENANCIO. Pues mi honor está ya comprometido, y la boda ha de verificarse.

LEOCADIA. Yo estoy comprometida tambien.

ALCALDE. Y yo como alcalde y como padrino.

Tal es sobre todo la voluntad del soberano. Tiene usted que casarse por fuerza.

TODOS. Eso es, por fuerza, por fuerza.

ALCALDE. Alguaciles, cojan ustedes al novio y llévenle al coche.

TODOS. Al coche, al coche.

JUAN. Basta, señores: eso ya es otra cosa. Cuando se me violenta, lo que mi ánimo me dicta es resistirme á todo trance: debiendo segun mi sistema hacer todo lo contrario.... lo contrario de resistir es obedecer.

VENANCIO. ¡Gracias á Dios!

JUAN. Leocadia mia, estoy á tus pies. Señores mios, estoy á sus órdenes. Señor don Gorgonio, despues ajustaremos cuentas. No corre prisa: cuanto antes mejor.

LEOCADIA. ¡Ay! Vámonos, vamos: no se impaciente S. M.

JUAN. (*Al público.*)

Al revés de lo que siento
procedo, y atino asi:
haga el auditorio aquí
lo mismo en este momento.
Si es que ha quedado contento,
con no aplaudir lo dirá:
si es que disgustado está,
retumben estas paredes
de aplausos: verán ustedes
¡qué pesadumbre nos dá!

FIN DE LA COMEDIA.

anhelo ha sido y será siemp
En prueba de lo espuesto, ofr
alcanzado gran éxito recienten

LIS

D. JOSÉ

Pr

Pr